



La Convivencia

(Cuantas veces estuve entre los hombres, volví menos hombre)

Kempis

Hace mucho tiempo que revolotea por mi cabeza este tema de la convivencia. La única manera de echarlo fuera, es ponerme a escribir a salga lo que saliere, pues es un tema que se presta a muchas variantes, por lo que es harto difícil acertar con el curso a seguir.

Existe el camino que pone de relieve la vanidad, o el orgullo y el no menos importante de la soberbia, piedra de toque de tantas guerras sordas, disimuladas y a veces crueles, como son todas las «guerras» que operan en el terreno de lo personal, de lo íntimo, de lo que puramente hogareño y siempre en contacto con lo que, o con los que nos rodean.

Esta guerrita puede surgir en el bar, en la calle, en el campo o incluso en la iglesia, porque alguien ha debido saludarnos y no lo ha hecho, o porque a la hora de desearnos la paz durante la misa, no nos alargó su mano. Puedo cometer este acto de omisión porque estaba distraído. Sí, sí, estaba distraído, pero entonces, ¿por qué me siento molesto interiormente?

Ya hemos dicho que son múltiples las situaciones en las que podemos sentirnos rechazados, o sin llegar a este extremo, que nos figuramos, que no hemos sido tratados como debemos. O que, en otro orden de cosas, ese amigo que creíamos verdadero, nos ha vuelto la espalda sin saber por qué, pues la amistad, como amor que es, está llena de sensibilidad y puede operar en nosotros una reacción negativa, sin que el sujeto sea consciente de los que está pasando. Hay personas que no dan más de sí es inútil que tú, lleno de sentimientos y de cultura de la vida, -a esto le llamamos experiencia- quieras exigirle otro comportamiento.

En la escala de los valores humanos, el hombre da lo que lleva dentro, y muchas veces, -casi todas- no coincide con lo que nosotros pensamos del asunto.

Aquí se produce un roce que va a ir dañando la convivencia entre hermanos, novios, esposos, etc. La convivencia diaria, la del hogar, la que puede producirnos amargura cada vez que nos sentimos relegados, apartados, o en el peor de los casos, olvidados, ya que el olvido o el consejo que no se nos pidió en una materia que conocemos ampliamente, es una manera también sorda, hiriente, de despreciar nuestros valores espirituales. ¿Y todo por qué? Por un problema de soberbia.

Casi sin querer ha vuelto a aparecer la palabra angular de este problema: la soberbia, que puede nublar nuestro entendimiento y nuestra razón hasta límites insospechados.

Porque la soberbia que todos tenemos, a veces dormida, puede despertar en cualquier momento y llevarnos a esa declaración de «guerra» para arrasarlo todo de un manotazo. De hecho han existido muchas gue-

rras de trincheras, donde han muerto miles de seres humanos inocentes, por un trozo de tierra estéril, por una cota que llenó de sangre la tierra y que fue conquistada a base de sudor y lágrimas, para que después pasara a la historia con el nombre y apellidos de un caudillo conquistador lleno de medallas de latón. Pero este es otro problema aunque está perfectamente vinculado a la convivencia humana.

Si analizamos al hombre en su doble vertiente de hombre y mujer, veremos que son mundos completamente definidos, con sus dotes físicas estructurales, totalmente a favor o en contra de esa anatomía que constituye el ser humano. Quiero decir que ha ido apropiándose de ciertos comportamientos adquiridos por actos repetidos y que constituye el ser humano. Quiero decir que ha ido apropiándose de ciertos comportamientos adquiridos por actos repetidos y que constituye lo que podemos llamar, no sin cierta permisividad, vicios y virtudes. Y esto conforma su vida, le da forma física y psíquica, cree lo que llama convivencia, distinta en cada persona, según su manera de pensar.

Después y una vez situado el hombre como ente social, casi nunca con arreglo a su capacidad intelectual, queda mermada a su porción de felicidad al realizar un trabajo que no acaba de gustarse. Y así arrastra durante su vida un lastre pesado, muy difícil de arrojar por la borda de esta nuestra barquilla que navega torpemente por un mar de dudas y de incomprendiones. Este puede crear en el hombre un clima de abulia, de inseguridad, que antes o después hará acto de presencia en los momentos más inoportunos. Y surgirá esa «guerra» sorda a que nos venimos refiriendo, en el trato con los demás, en una palabra, con los compañeros de trabajo, con la esposa y los hijos, etc. en esas horas tan difíciles de armonizar en el hogar o fuera de él.

Y es aquí, precisamente, en el hogar, donde el individuo muestra su verdadero carácter, siempre en contraposición al que le conocemos en la calle, producto de esa careta que nos ponemos al salir de casa. Es él, sin tapujos y claro, suelta su malhumor y su desesperanza, que tantas brechas abre en el corazón de los seres que nos rodean. La unidad desaparece, el perdón no se da, se rompen todos los esquemas indispensables para la convivencia en esa casa donde él o ella, son víctimas de la sinrazón y de la soberbia, del desamor, de la paz, tan necesaria para vivir.

Y el ensamblaje social y matrimonial queda roto, porque uno -o los dos- no supieron o no quisieron hacer uso de esos valores que se adquieren con la unión, como es el perdón y la comprensión, el amor en una palabra.

Oración del hombre solo (fragmento)

Solo, Señor, me quedo en tu regazo,
como un niño que busca desvalido,
encontrarse con algo que ha perdido:
la fuerza de su sueño y de su brazo.

Antonio Iniesta